



Álvaro Jiménez Sáez

Universidad de Sevilla (España)

<https://orcid.org/0009-0001-0201-4081>
email: alvarojisa93@gmail.com



EL ERROR COMO OPORTUNIDAD DE APRENDIZAJE EN LAS ENSEÑANZAS ARTÍSTICAS. UNA REVISIÓN TEÓRICA DESDE LA PEDAGOGÍA Y LAS ARTES VISUALES

ERROR AS A LEARNING OPPORTUNITY IN ART EDUCATION: A THEORETICAL REVIEW FROM THE PERSPECTIVES OF PEDAGOGY AND THE VISUAL ARTS

DOI: <https://dx.doi.org/10.12795/va-in-art.2025.i07.02>
e-ISSN:3020-5727 . Núm. 7 -- Año 2025. pp: 23-43

Recibido el : 03-09-2025
Aceptado el : 11-11-2025

Como citar este artículo

Jiménez Sáez, A. (2025). El error como oportunidad de aprendizaje en las enseñanzas artísticas. Una revisión teórica desde la pedagogía y las artes visuales. VAINART,(7),23-43
<https://dx.doi.org/10.12795/va-in-art.2025.i07.02>

Resumen:

Este artículo propone una reflexión sobre el error como oportunidad de aprendizaje desde las artes, entendiendo que errar no constituye una desviación, sino una condición inherente a la experiencia humana. Desde la lógica científica hasta la pedagogía y la creación artística, se aborda el error como un motor de conocimiento y aprendizaje. A partir de una revisión teórica y de experiencias educativas, se evidencia que aceptar y trabajar con el error, en lugar de evitarlo y castigarlo, aporta múltiples beneficios. En las enseñanzas artísticas, el error se revela en espacio fértil de exploración, donde la incertidumbre, la intuición y el hallazgo adquieren valor pedagógico y artístico. En una época que castiga la imperfección con *dislikes* y premia la apariencia del éxito, recuperar el valor del error significa devolver a la educación y al arte su dimensión más profundamente humana: la posibilidad de comenzar.

Palabras clave: Error, enseñanzas artísticas, pedagogía, artes visuales.

Abstract

This article proposes a reflection on error as a learning opportunity from the arts, understanding that making mistakes is not a deviation, but an inherent condition of human experience. From scientific logic to pedagogy and artistic creation, error is approached as a driver of knowledge and learning. Based on a theoretical review and educational experiences, it is evident that accepting and working with error, rather than avoiding and punishing it, brings multiple benefits. In arts education, error reveals itself as a fertile space for exploration, where uncertainty, intuition and discovery acquire pedagogical and artistic value. In an era that punishes imperfection with dislikes and rewards the appearance of success, reclaiming the value of error means returning to education and art their most profoundly human dimension: the possibility of beginning.

Key words: Error, arts education, pedagogy, visual arts.

INTRODUCCIÓN. HABITAR EL ERROR EN UNA ÉPOCA QUE LO CASTIGA

Vivimos en una época donde la perfección se ha convertido en una obligación. Los discursos de hiperproducción, perfección y éxito han colonizado incluso los espacios donde debería habitar la experimentación, la duda, la exploración, el defecto e incluso la posibilidad de cometer errores. Desde este punto de vista, la imperfección y el error son considerados como algo antinatural, como una señal de incompetencia que debe ser combatida, evitada, corregida y borrada. La educación, lejos de escapar a esa lógica, la reproduce a través de sistemas de aprendizajes centrados en el rendimiento, la nota final y los logros medibles. Así, lo que es inherente a la naturaleza humana, cometer errores, pasa de ser una oportunidad para reflexionar y aprender, a convertirse en una amenaza constante para la subjetividad de quien aprende.

Pero el rechazo al error no es un acto inocente y sus consecuencias se acentúan aún más en un contexto atravesado por la perfección digital, la exposición en redes sociales y las presiones del rendimiento productivo, donde la naturalidad de la imperfección se ha vuelto un lujo peligroso. Las redes sociales y la cultura del éxito han reforzado el miedo al fallo, la ansiedad ante la exposición y la necesidad de aprobación constante. Según el *Barómetro Juventud, Salud y Bienestar* (2023), más del 60 % de los jóvenes expresa una alta preocupación por su imagen externa, lo que refleja cómo el temor al error se traduce en angustia, ansiedad y una dificultad creciente para sostener la incertidumbre. A tal respecto López (2020) advierte que los jóvenes, presionados por un modelo de éxito inalcanzable, desarrollan comportamientos compulsivos que buscan evitar el fracaso a toda costa, perdiendo así oportunidades valiosas de aprendizaje, desde la aceptación y el autoconocimiento. Esta realidad se manifiesta en baja autoestima, sentimientos de soledad y una escasa tolerancia a la frustración, lo que se traduce en graves problemas de salud mental e inaceptación.

Frente a este panorama, esta investigación propone una respuesta desde la convicción pedagógica de que el error no es un elemento a evitar, sino una oportunidad de aprendizaje. En lugar de una falla que debe eliminarse, el error puede ser entendido como un dispositivo de subjetivación, un modo de estar en el mundo que resiste la normatividad imperante del éxito. Esta perspectiva permite repensar nuevas estrategias educativas y explorar la potencia del error

en el aula, especialmente en el contexto de las enseñanzas artísticas. Dada su naturaleza, el arte tiene la ventaja de trabajar desde las emociones, los gestos y las intuiciones, dimensiones que no se dejan reducir a una única respuesta correcta. Desde esa incertidumbre, el error en el arte aparece como un acontecimiento cognitivo y afectivo que genera conocimiento y sentido, ofreciendo nuevas narrativas estéticas. Así, la práctica artística se convierte en un espacio idóneo para habitar el error, aceptándolo como una posibilidad más de las derivas de la creación.

El objetivo principal por tanto es reconocer y reivindicar el error como una oportunidad de aprendizaje, creación y reflexión. Frente a una cultura educativa y social que lo penaliza, se plantea explorar su dimensión epistemológica, pedagógica y estética. Metodológicamente, el estudio se apoya en un enfoque cualitativo y reflexivo, sustentado en la revisión bibliográfica, el análisis de experiencias educativas y la observación crítica de prácticas artísticas contemporáneas. Esta perspectiva permite articular teoría y práctica, situando el análisis del error tanto en el plano conceptual como en el experiencial.

El texto se organiza en tres apartados principales. En primer lugar, una introducción que contextualiza la problemática del error y el estado de la cuestión. En el segundo apartado se efectúa una aproximación epistemológica del error, conceptualizándolo. A continuación, en los apartados tercero y cuarto se abordarán las pedagogías del error existentes, y cómo el error afecta a las prácticas creativas y en las enseñanzas artísticas. Finalmente, el quinto y último apartado concede una reflexión conclusiva que sintetiza los hallazgos.

En definitiva, este trabajo presenta de qué modo el error atraviesa la experiencia humana, el conocimiento científico, la práctica educativa y la creación artística, visto como un territorio fértil de exploración y de resistencia. En una época que castiga la imperfección con *dislikes* y premia la apariencia del éxito, recuperar el valor del error significa devolver a la educación y al arte su dimensión más profundamente humana: la posibilidad de comenzar.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Comprender el error como fuente de conocimiento requiere atender a su dimensión epistemológica, entendiendo el concepto y realizando una aproximación a como se relaciona con diferentes pensamientos. Desde el pragmatismo clásico, Peirce (2012) concibió el pensamiento como un proceso

de indagación basado en la duda y la corrección, en el que la verdad no es una meta fija, sino una orientación que se encuentra a través de la experiencia. Para el autor, “pensar es experimentar” (2012), y el conocimiento avanza por medio de la continua reformulación de hipótesis ante el fracaso de las anteriores. Dewey, heredero directo del pragmatismo, trasladó esta visión a la pedagogía al concebir el aprendizaje como una experiencia activa y reflexiva. En *Experience and Education* (2010), sostuvo que el error responde a un momento esencial del proceso de investigación que caracteriza toda experiencia educativa significativa. Para Dewey, el aula debía funcionar como un laboratorio de pensamiento, un espacio donde los estudiantes aprendieran haciendo, cuestionando y corrigiendo. Popper (2002), desde la filosofía de la ciencia, profundizó esta lógica al afirmar que el conocimiento no progresa por la verificación de verdades, sino por la eliminación de errores. Su principio de falsación convierte el error en el motor del avance intelectual: aprendemos al refutar, al contrastar y no al confirmar. Así, el error, en clave pragmatista y científica, aparece como una condición fundamental del pensamiento y de la experiencia humana.

Esta concepción del error como motor del conocimiento conecta con las pedagogías críticas y humanistas contemporáneas. Freire (2004) manifestó que enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las condiciones para producirlo colectivamente, proponiendo una educación en libertad. En la misma línea, Luri (2018) propone una *pedagogía clínica auxiliar* o “errorología”, concibiendo el error como una fuente de información diagnóstica y un medio privilegiado para comprender el pensamiento del estudiante. De la Torre (2004), influido por Bachelard, establece una didáctica del error describiéndolo como un “momento fértil de la inteligencia creadora” (p. 81), una oportunidad de redefinir problemas y abrir caminos nuevos. El conocimiento, la ciencia y la educación, avanza corrigiendo sus propios fallos. Pero, ¿cómo se traduce esta teoría en la práctica del aula?

Existe un respaldo empírico que fundamenta dichas pedagogías en diversas investigaciones recientes. El estudio de Macho-González et al. (2020) demostró que la inclusión deliberada de errores en la enseñanza universitaria incrementa la motivación y la implicación del alumnado, especialmente en quienes presentan menor interés inicial. Por su parte, en la educación secundaria, Zamora et al. (2018) hubo de comprobar que el uso didáctico del error estimula la creatividad y la participación. Además, el trabajo de Álvarez

Herrero (2019), a través de una investigación cuantitativa en el ámbito educativo universitario, confirma que el uso del error como estrategia metodológica mejora la eficacia del aprendizaje. Su trabajo evidencia que la inclusión de errores forzados mejora la eficacia del aprendizaje de conocimientos. En su conjunto, estos aportes, desde la evidencia educativa, constatan el valor pedagógico del error como herramienta en los procesos educativos.

Si desde la pedagogía el error se comprende como estrategia de apertura, en el arte contemporáneo se erige como narrativa propia. Gombrich (2016) recordaba que, durante siglos, el arte occidental se rigió por cánones de perfección técnica que no dejaban espacio al accidente. Sin embargo, con las vanguardias del siglo XX, el error se convirtió en gesto. En este marco, los artistas comenzaron a utilizar el azar y la imperfección como principio creativo. Los *collages* dadaístas o los *readymades* de Duchamp (citado en Gordillo, 2015) trasladaron el error del terreno técnico al conceptual, hasta nuestros días. En la era digital, el error ha adquirido una nueva dimensión. Brea (2008) observa que las tecnologías generan imágenes perfectas, pero también sus propios fallos: píxeles muertos, *glitches*, saturaciones o aberraciones que se convierten en materiales estéticos. Jiménez (2023) interpreta estas imperfecciones digitales como una forma de humanizar la tecnología, recordando que incluso los sistemas más sofisticados pueden fallar. Ajo (2013) asocia este interés contemporáneo con una nostalgia tecnológica y con la estética *new ugly*¹. Esta lectura quedará ampliada por Perera (2015), al vincular la estética del error con los grandes traumas del siglo XX: la guerra, la destrucción y la violencia. En su visión, la provocación del accidente y la reivindicación del fallo se convierten en un acto de resistencia ante la perfección maquínica y social. De ahí que el error en el arte contemporáneo no sea solo un accidente, sino una posición ética de creación. Como afirma Fontcuberta (2016), en un mundo saturado de imágenes impecables, la imperfección nos devuelve a la tierra, a lo tangible, a lo humano. Ejemplos recientes de artistas ponen en práctica esta concepción, transformando la desmemoria, el fallo o la interferencia en potencias creativas. De acuerdo con Guerrero et al. (2013), la creatividad se ve obstaculizada cuando la sociedad y la educación perciben el error como fracaso. Solo una pedagogía

¹ En palabras de Martín San Román et al. (2024), por *new ugly* se entiende un movimiento cuyo eje estilístico está basado en la apariencia de imperfección al reaccionar ante los principios del denominado “buen diseño” (orden, simplicidad, legibilidad y proporción), utilizando precisamente sus contrarios.

que lo asuma como fuente de sentido puede abrir espacios de libertad, tanto en el aula como en la creación.

APROXIMACIÓN EPISTEMOLÓGICA AL ERROR

El término error proviene del latín *error*, *-ōris*, que significa ‘acto de errar’ ‘equivocación’ o ‘concepto equivocado’. Su origen refleja una visión punitiva del error, situándolo frente a la verdad y lo correcto. A partir de la propia etimología de la palabra hasta su aproximación epistemológica, se revela que su función es mucho más profunda. Pues, en la definición parece considerarse como lo opuesto a la verdad, pero la realidad es que forma parte del mecanismo que permite alcanzarla: aquello que interrumpe, abre preguntas y conlleva aprendizajes nuevos. Por lo tanto, para hablar del error hay que ir más allá de su sentido superficial y entenderlo como una condición que hace posible el conocimiento. En este sentido, la historia de la ciencia parece haber asumido esta condición del error, hasta el punto en el que se ha establecido como una necesidad dentro del método universal para la comprensión del mundo, el ensayo-error.

Sobre el particular, Popper (2002) resulta una figura clave. El autor desde la filosofía de la ciencia señala que el conocimiento científico no se construye acumulando certezas, sino ensayando hipótesis que deben ser puestas a prueba. Cuando una teoría se enfrenta al error, se abre la posibilidad de mejorarla o sustituirla por otra. Errar, por tanto, no es fracasar, sino avanzar. Esta concepción de la ciencia como un proceso abierto y autocrítico significa ver el aprendizaje como campo de experimentación donde atreverse a probar, a contrastar ideas, a equivocarse y a revisar lo aprendido. La construcción del conocimiento se vuelve así un proceso de continua rectificación.

Por otra parte, el padre del pragmatismo, Pierce (2012) compartía esa visión lógica y dinámica del conocimiento. El profesor de lógica planteó que el pensamiento humano parecer ser, ante todo, un proceso de investigación sometido a la incertidumbre. Conocer equivale a poner a prueba nuestras creencias frente a la experiencia, y el error es la vía por la que esas creencias se transforman. Peirce insiste en que no hay aprendizaje sin duda, y que el conocimiento no se alcanza por revelación, sino por la corrección constante de lo que creemos verdadero. Para el autor el conocimiento y el aprendizaje tiene una clara construcción social y colectiva. La verdad, en su planteamiento, no es

un punto final, sino una dirección hacia la que se avanza colectivamente a través del ensayo y el error.

Ambas perspectivas, sitúan al error como una condición estructural e indispensable del conocimiento. En lugar de concebirlo como un fallo que debe evitarse o como algo externo al propio proceso, lo entienden como el motor que impulsa la investigación y el pensamiento crítico. Desde ahí puede trazarse un puente hacia la educación, tal como hizo Dewey (2010), influido por el pragmatismo peirceano, el cual llevó este razonamiento al ámbito pedagógico. En *Experiencia y educación*, el autor plantea que el aprendizaje se produce cuando la experiencia activa del alumno se convierte en reflexión. El aula, según Dewey, debería funcionar como un laboratorio donde el ensayo, la observación y el error formen partes del proceso. Equivocarse permite al estudiante comprender de manera más profunda, porque lo obliga a reconstruir lo que ha hecho y a pensar sobre ello. El conocimiento deja de ser una repetición de verdades para convertirse en una práctica viva, en la que la acción y el pensamiento se retroalimentan. El propio pedagogo estadounidense lo corrobora en las líneas que siguen:

Cuando la educación se concibe como un proceso vital y no como una preparación para una vida futura, toda experiencia auténtica se convierte en una fuente de aprendizaje. No se trata de evitar los errores, sino de convertirlos en medios de crecimiento. Las experiencias negativas enseñan en la medida en que conducen a una reflexión crítica, mientras que las llamadas experiencias exitosas pueden resultar estériles si no generan pensamiento. El verdadero aprendizaje surge del examen de las consecuencias de nuestros actos, de la comprensión de los fracasos y aciertos, y de la disposición a modificar la acción a la luz de lo aprendido. Educar es, por tanto, reconstruir la experiencia continuamente. (2010, pp. 85-86)

En efecto, si el conocimiento se genera a través de la experiencia y la corrección, y, por ende, el error forma parte constitutiva del proceso de aprender y crear, entonces, cabría preguntarse: ¿por qué las enseñanzas no responden a esa lógica?

LA PEDAGOGÍA DEL ERROR

La respuesta a la pregunta anterior es contundente. En la mayoría de las escuelas, el error sirve para ser corregido. Sin embargo, desde hace décadas, distintas corrientes pedagógicas han intentado invertir esta lógica. Freire (2004) fue uno de los primeros en señalar que “enseñar exige respeto por la autonomía del ser del educando” (p. 25), y que toda educación liberadora debe aceptar la incertidumbre, la duda y la posibilidad de errar como condiciones fundamentales. Su pensamiento, más que una receta metodológica, parece responder a un recordatorio sobre aquella educación que debería empoderar a los estudiantes para reflexionar críticamente respecto a su aprendizaje y su realidad, transformándola desde un punto de vista más humano, consciente y dialogador.

Más cercano a nuestros días, el filósofo y pedagogo Luri (2018) propone comprender el acto de enseñar como una actividad clínica. En su *Pedagogía del error*, a la que denomina también *errorología*, traza una analogía entre el médico que diagnostica síntomas y el docente que interpreta los errores de sus estudiantes. Ambos, según sostiene, trabajan con seres humanos que manifiestan sus dificultades a través de lenguajes propios y subjetivos. El profesor, como el facultativo con sus pacientes, debe aprender a escuchar a los discentes, traducirlos y actuar con prudencia. No puede conformarse con poner una nota y pasar página: “el tres en conocimientos no puede ser nunca la fase final de un proceso clínico, sino el punto de partida de la intervención educativa” (2018, p. 42).

Su propuesta se concreta en una serie de principios que resumen su ética del cuidado pedagógico. El primero es el principal principio médico y el más olvidado: *primum non nocere*, primero no hacer daño. El error no debe ser una herida que margine o humille, sino una oportunidad para comprender. El segundo principio exige que el profesor sea también un analgésico, alguien capaz de aliviar la ansiedad que produce equivocarse. El tercero demanda atención en el análisis del error, no solo en su corrección, es decir, por qué ocurre. El cuarto principio parte con la premisa de que el alumno suele dar la respuesta adecuada a la pregunta que se hace a sí mismo. Por lo tanto, no basta con una evaluación si la respuesta es incorrecta, habrá que analizar cuál ha sido la lógica implícita que le ha llevado a su alumno a dar esa respuesta y ponerla de manifiesto formando parte esencial del tratamiento terapéutico. En los

principios siguientes, Luri advierte que la experiencia de equivocarse no es inmediata, sino retrospectiva: solo se comprende después del hecho. El lenguaje del error, añade, siempre está lleno de ruido; entre la expresión del alumno y la interpretación del profesor hay un campo de traducción que debe cuidarse. Cada escuela, subraya, tiene sus errores específicos, porque cada contexto genera sus propias formas de equivocación. También recuerda que la actitud defensiva frente al error bloquea el diálogo y que reconocer públicamente nuestros fallos es una forma de aprendizaje en sí misma. Finalmente, cierra su decálogo con una idea esencial: “en el diálogo, el que gana es el que pierde, porque quien descubre que estaba equivocado ha aprendido algo nuevo” (2018, p. 59).

En suma, el autor propone así una pedagogía clínica del error basada en la escucha, la empatía y el análisis. Su propuesta habría de romper con la cultura de la calificación inmediata y sitúa al docente en el papel de acompañante reflexivo. No se trata de evitar el error, sino de entenderlo como información, viendo en él una oportunidad para diagnosticar, ajustar y mejorar la enseñanza.

De la Torre (2004) continúa esta línea y amplía su alcance al proponer la *pedagogía del error* frente a la tradicional *pedagogía del éxito*. Esta última concibe el aprendizaje como un proceso lineal (Fig. 1). El docente, entonces adopta el papel de informador, mientras que los estudiantes son meros receptores de esta. El profesorado termina por examinar los resultados “a través de exámenes bimestrales o trimestrales que eufemísticamente denomina evaluaciones. Son tres momentos del proceso perfectamente separados y desconectados conceptual y temporalmente. Los errores son detectados en la evaluación y se utilizan como criterio calificador” (2004, p. 99).

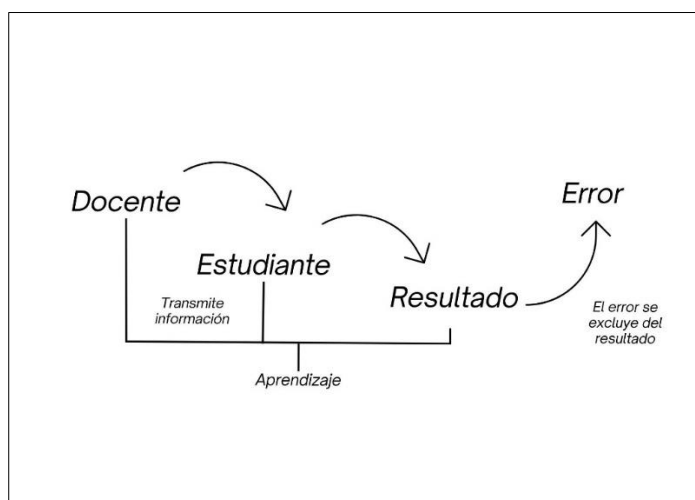


Fig. 1. Esquema de la pedagogía del éxito. Fuente: Elaboración propia

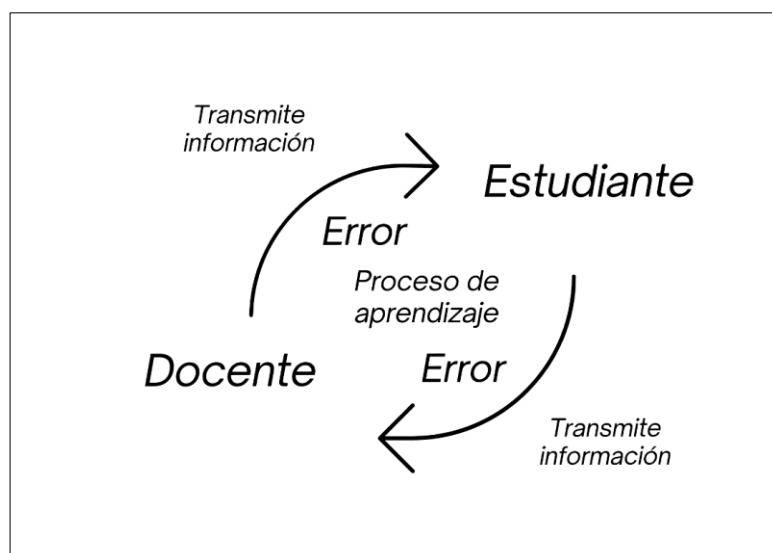


Fig. 2. Esquema de la pedagogía del error. Fuente: Elaboración propia

En el esquema Fig. 2 habría de apreciarse que la estructura no es lineal y se presenta una interacción dinámica entre profesorado y estudiante. Para De la Torre (2004) la información se transmite en base a los errores y conclusiones de los procesos y recorridos de aprendizajes, que no es otro que el propio currículum. Aquí se acepta el error como un elemento fundamental ligado al proceso y, por lo tanto, está dentro. Se examina el porqué de este y lo utiliza como estrategia de nuevos aprendizajes. Por supuesto los errores no tienen la misma interpretación para el estudiante o el docente, pero con el tiempo y el trabajo de la dinámica, se construyen nuevas significaciones. El error pasa de evitarse y ser algo externo al proceso de aprendizaje a formar parte de él, siendo información para el profesor y el alumno. “Equivocarse no sólo es una fatalidad humana; muchas veces puede ser lo que motiva el cambio” (2004, p. 81). El autor advierte que la educación hoy en día, en su afán de eficacia y control, ha sustituido el pensamiento por la repetición. Frente a esa pedagogía del resultado, propone una pedagogía del proceso: observar, interpretar y aprender de los errores. Sobre el error, a su vez, señalará ciertos peligros:

El error no posee un valor educativo por sí mismo. Utilizado como estrategia, sin embargo, resulta muy positivo, siempre que no se cometan excesos. Si damos categoría pedagógica al error, no es por su naturaleza, sino porque nos sirve de contraseña para un modo distinto de pensar y hacer docencia. Si hablamos de una pedagogía del error es porque en este concepto confluyen toda una serie de consideraciones teóricas y actuaciones concretas en el aula. (2004, p. 80)

Independientemente de lo citado, se observa también, que habría de reconocerse sus límites: el error debe tener un tratamiento pedagógico, no romántico. No se trata de glorificarlo y elevarlo a una categoría superior, sino más bien de utilizarlo como una oportunidad valiosa de reflexión.

Gracias a la pedagogía del error, la metacognición emerge desde una dimensión fundamental. Aprender de los errores implica reflexionar sobre los propios procesos mentales: cómo pensamos, cómo tomamos decisiones, cómo reaccionamos ante la frustración. La pedagogía del error no busca tanto que el estudiante evite equivocarse, sino que comprenda por qué se equivoca. Desde esta conciencia se puede construir una enseñanza verdaderamente inclusiva, sensible a la diversidad de formas de aprender. El trabajo de Guerrero et al. (2013) refuerza esta visión al analizar el error como una oportunidad de aprendizaje desde la diversidad y la evaluación. Su investigación demuestra que cuando los docentes integran el análisis del error en sus prácticas evaluativas, los estudiantes desarrollan mayor autonomía y capacidad de autorregulación. La retroalimentación constructiva gracias a la reflexión en torno al error no sólo mejora el rendimiento, sino que fortalece la autoestima y la confianza. Según los investigadores, la gestión reflexiva del error potencia la metacognición, pero también el respeto a la diferencia, porque obliga al docente a atender las particularidades de cada proceso, produciéndose una atención a la diversidad real. De esta manera, se perciben dos importantes conceptos que aparecen como beneficios; consecuencia del uso del error: la metacognición y la atención a la diversidad.

Si, como señalaba Dewey (2010), la educación es vida y no preparación para ella, el error es uno de sus signos más vitales, pues forma parte de nosotros. La pedagogía del error no busca forzar una nueva moda metodológica, sino recuperar el habitar una realidad más amable: que todo conocimiento nace de la incertidumbre y que todo aprendizaje real implica el riesgo de cometer errores. En un sistema educativo que trata de reducir y sistematizar los procesos de aprendizaje en base a lógica del éxito y la nota, esta afirmación suena subversiva. Pero quizá, como sugiere Luri (2018), el camino hacia una enseñanza más saludable y más humana comience precisamente por atrevernos a errar juntos.

INVESTIGACIONES EDUCATIVAS RECIENTES SOBRE EL USO DEL ERROR

Las investigaciones más recientes confirman desde un sustento empírico, los beneficios del uso del error. En el ámbito universitario, Macho-González et al. (2021) implementó un modelo de aprendizaje basado en el error (ABE) introduciendo deliberadamente un 10 % de información errónea en los materiales de estudio. Los resultados mostraron un incremento significativo en la motivación y el rendimiento del alumnado. Un 72 % de los participantes declaró que aplicaría esta metodología en su futura labor, y más de la mitad destacó la cooperación entre compañeros como elemento clave para detectar y corregir fallos. El estudio concluye que el error, lejos de obstaculizar, estimula la atención y el pensamiento crítico, especialmente en los estudiantes con menor motivación inicial.

En la misma línea, Álvarez Herrero (2019) desarrolló una experiencia con 101 estudiantes del Grado en Magisterio en Educación Infantil de la Universidad de Alicante, utilizando errores forzados para provocar un conflicto cognitivo. Los resultados del pre-test y post-test son contundentes: los porcentajes de error descendieron del 92 %-95 % inicial a apenas un 1 %-2 % final, llegando incluso al 0 % en varias preguntas. El autor destaca que “aprovechar el error para generar aprendizaje es una estrategia que ofrece resultados muy sólidos y un aprendizaje mucho más eficaz y duradero” (p. 169). La clave, señala, está en la gestión del error como proceso colectivo de reflexión: los estudiantes no solo corrigen, sino que comprenden por qué se equivocaron. En sus conclusiones destaca que bajo esta estrategia se activa la metacognición, la capacidad de analizar el propio pensamiento, y refuerza la motivación intrínseca del aprendizaje. Por su parte, Guerrero Benavides et al. (2013) aborda el error desde la atención a la diversidad y las prácticas evaluativas inclusivas. Su estudio advierte que la percepción negativa del error limita la creatividad y la exploración, generando entornos de ansiedad y autoexigencia. En cambio, cuando el docente integra el error como parte del proceso, se fortalecen la autonomía y la autorregulación del estudiante. Como señalan los autores, “la presión por evitar cometer errores y por alcanzar la perfección limita la capacidad de las personas para explorar, experimentar y crear de manera innovadora” (p. 372).

En conjunto, estos tres estudios muestran que el error no es solo un concepto teórico, sino que puede asumirse como un recurso metodológico real

favoreciendo la reflexión, la cooperación, la curiosidad y el pensamiento crítico. Así, cuando el error deja de ser un estigma y pasa a entenderse como una herramienta cognitiva y emocional, el aprendizaje se transforma en un acto de exploración. Este giro pedagógico tiene una conexión directa en el ámbito artístico. El arte, por su propia naturaleza, trabaja con la incertidumbre, la intuición y la ruptura de los códigos establecidos. En él, el error no es una desviación del camino correcto, sino un territorio fértil donde germina la experimentación. De este modo, lo que las investigaciones educativas evidencian, que errar es una vía privilegiada de aprendizaje, encuentra en la práctica artística su expresión más tangible.

HABITANDO EL ERROR DESDE LAS ARTES

Durante siglos el arte occidental se rigió por ideales de perfección técnica, de dominio y de representación fiel de la realidad. Gombrich (2016) menciona que esta tendencia hacia lo impecable vertebró la práctica artística durante siglos, vinculando el valor de la obra a la relación entre modelo y representación. Sin embargo, el siglo XX produjo un desplazamiento radical de estos valores. Las transformaciones sociales, bélicas y tecnológicas alteraron profundamente la manera de entender la práctica artística y, con ello, el sentido mismo de lo estético. Lo que antes era tachado, descartado o catalogado como malo o fallido, comenzó a considerarse como posibilidad, acontecimiento o apertura. Las vanguardias históricas constituyeron el primer gran quiebre a tal respecto. El *collage* dadaísta, el azar surrealista o los *readymades* de Duchamp rompieron con el canon técnico, introduciendo otras lógicas, donde los errores eran fruto de nuevas revelaciones. Duchamp, anota Gordillo (2015), llevó al extremo esta provocación de lo impropio y lo descartado, elevando a la categoría artística aquello que el canon rechazaba. En ese gesto se consagró una sensibilidad nueva: la del accidente como posibilidad de creación. Cuando *El gran vidrio* (Fig. 3) se rompió durante un traslado, el artista francés lo declaró concluido, convirtiendo el error en destino de la obra.

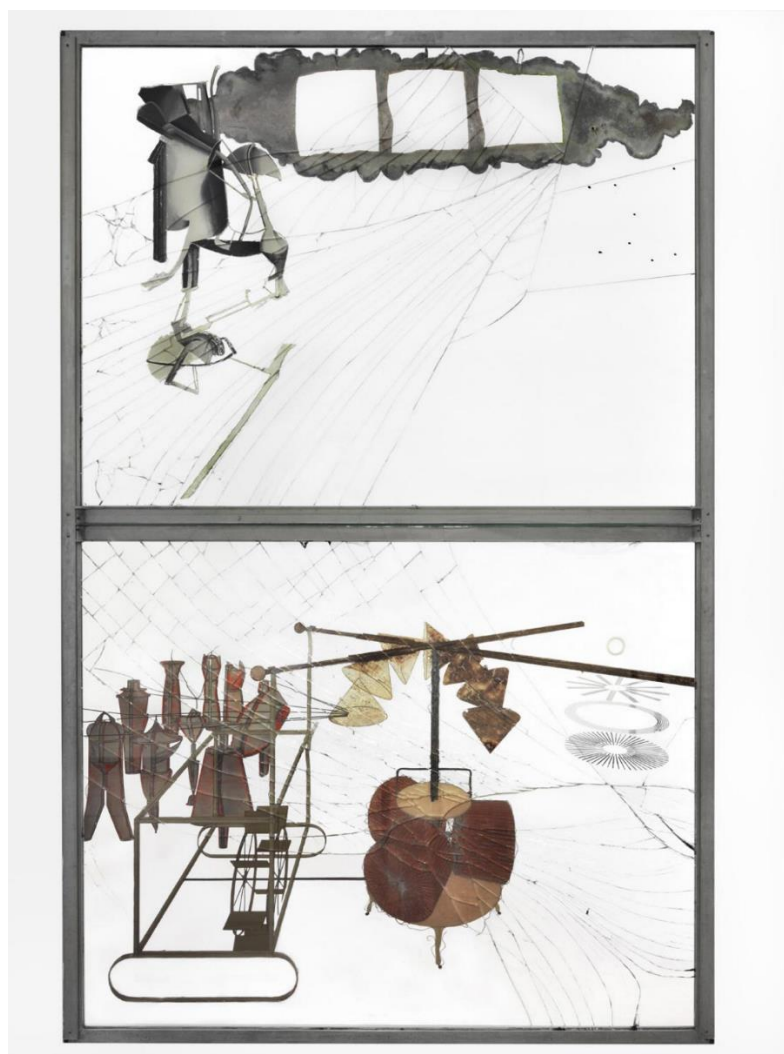


Fig. 3. *El gran vidrio*. Marcel Duchamp. Francia, 1923

A lo largo del siglo XX, esta sensibilidad hacia lo imperfecto se expandió como forma de lectura de las cuestiones que sucedían en aquel presente. Perera (2015) vincula esta estética con los grandes traumas del siglo: guerras, destrucción, mutilaciones, ruinas materiales y simbólicas. En esta forma comunicativa y expresiva del desgarró a la que el autor hace referencia, crear supone también rehacer sobre los restos y la ruina, asumiendo nuevos puntos de partida. Frente a la perfección limpia y aséptica que inauguraba la modernidad técnica, el arte insistió en el fallo como recordatorio de lo humano.

Más cercano a nuestros días con la entrada en la era digital, la perfección técnica y aparente alcanza niveles inéditos. Las imágenes, los sonidos y los datos circulan a una velocidad sin precedente, y los procesos de creación habrían de tornarse más complejos y abiertos. Según Brea (2008), la producción visual contemporánea se compone de “millones de píxeles, fácilmente manipulables y corregibles”, generando un imaginario donde no existen errores. Sin embargo,

la perfección digital genera sus fallos propios: distorsiones, aberraciones, *glitches* o saturaciones, que los artistas reapropian como materia estética.



Fig. 4. *S/T, 9 eyes*. Jon Rafman, apropiación fotográfica. 2009

Ajo (2013) interpreta este gusto e interés contemporáneo por el error como una respuesta afectiva ante la perfección inalcanzable de la tecnología. Lo feo, lo distorsionado, lo defectuoso reaparecen como valores estéticos, vinculados a la corriente *new ugly* que reivindica la ruptura de los cánones. El error, entonces, no es solo una categoría técnica, sino un modo de resistencia frente a la homogeneización visual y la lógica del éxito. Con esta idea, la imperfección deja de ser un defecto para convertirse en una ética. Como afirma Fontcuberta (2016), en un mundo saturado de imágenes impecables, el error “nos devuelve a la tierra, a lo tangible, a lo profundamente humano”. Y es que cada error contiene una verdad que no puede ser calculada ni producida artificialmente: la del gesto, la duda, la huella, la vulnerabilidad.

En este sentido, los artistas exploran ese territorio y, al hacerlo, se revela nuestra propia humanidad. De ahí, series como *9 Eyes* del artista Jon Rafman (Fig. 4), el cual aprovecha errores y sucesos capturados por *Google Street View* para crear y capturar momentos insólitos, para revelar lo oculto.

Otros proyectos como el denominado *El anuario Lapsus Calami. Error Es Bien* (Fig. 5) reúne una serie de propuestas teóricas y artísticas que exploran el

error como motor creativo y como herramienta crítica frente a los ideales de perfección técnica que dominan la cultura visual contemporánea. A través de ensayos, proyectos y prácticas experimentales, el volumen muestra desde diferentes visiones al error como fuente de sentido y pensamiento.



Fig. 5. Mickey Asterix, Juan Loeck. Fuente: Anuario colección Error Es Bien. 2020

Enriqueciendo las citadas aportaciones artísticas, cuya práctica incorpora errores y accidentes como recurso expresivo, encontramos a Pablo Merchante. Desde el procedimiento pictórico, el artista trabaja sus piezas abrazando el fallo en la mancha, la veladura, la saturación o el derrame vistos no como problemas a corregir, sino momentos de verdad material que hacen visible el gesto y la resistencia de la pintura. El accidente se convierte en forma, no en fallo (Fig. 6).



Fig. 6. *La comunidad*, Pablo Merchante. Óleo, ceras, carbón y rotuladores sobre lino 220 x 180 cm. 2024

El arte hoy ofrece así una enseñanza esencial: que habitar el error es una forma humana de conocer, de crear, de conectar, de pensar. Si el arte es el espacio donde el error se hace visible, la escuela pudiera ser el espacio donde se haga consciente. Las enseñanzas artísticas de la mano de las pedagogías del error tienen la oportunidad de aprovechar esta dimensión del aprendizaje. A este respecto, Guerrero et al. (2013) advierte que la percepción negativa del error limita la creatividad y la exploración. Cuando los estudiantes temen equivocarse, se inhibe la posibilidad de innovar, de arriesgar, de pensar diferente. Por el contrario, un ambiente que acepta el error y lo integra como

parte del proceso fomenta la autonomía, la metacognición y la confianza en uno mismo, aspectos más necesarios que nunca. La enseñanza artística, por su propia naturaleza, permite trabajar precisamente en ese umbral: la reflexión, la creación, la experimentación y la libertad.

Desde esta perspectiva, Acaso (2009) subraya que la educación artística debe favorecer estas cuestiones, convirtiendo el aula en un laboratorio de significados más que en un taller de resultados. El aprendizaje se construye así en torno a la incertidumbre, la prueba y el hallazgo, más que del acierto inmediato. Enseñar desde el ámbito artístico implica crear condiciones para que el error no sea castigado en el descubrimiento, sino que se convierta en herramienta de pensamiento. En palabras de la autora, se trata de “dar el control al estudiante sobre su propio aprendizaje, generando una motivación que premia el descubrimiento y no la nota” (p. 225).

De este modo, el arte y las enseñanzas artísticas se convierten en un medio educativo seguro, amable y saludable frente a una cultura que castiga el fallo y premia la apariencia del éxito. Apostar por el error en el aula y en la práctica artística supone un gesto de resistencia, de autoconocimiento, una reivindicación de lo humano frente a la asepsia de la individualidad y lo perfecto.

CONCLUSIONES

El recorrido de este texto confirma que el error no es un elemento que esquivar del aprendizaje, sino una parte fundamental de este. Ello se ha fundamentado en un encuentro entre el campo de la ciencia, la educación y el arte. Autores como Popper (2002) y Dewey (2010), demostraron que a través de la ciencia aprender implica someter las ideas a prueba, contrastarlas, desmontarlas y reconstruirlas. Es decir, avanzar a través de la corrección de los propios fallos y la experiencia. En este sentido, el error encarna una lógica profundamente epistemológica y experiencial que la educación, de manera paradójica, sigue evaluando y castigando.

Desde el ámbito pedagógico, autores como Luri (2018) y De la Torre (2004) constataron que solo un cambio de mirada sobre el error puede transformar la enseñanza en una práctica verdaderamente emancipadora y saludable, considerar los errores como información diagnóstica; útil tanto para el docente como para el alumnado, y no como fracaso. En la misma línea, las investigaciones de Álvarez Herrero (2019) y Guerrero Benavides et al. (2013)

aportan evidencia desde la acción y la práctica en el aula de que el uso del error favorece la metacognición, la reflexión crítica y un aprendizaje profundo. Estos enfoques sitúan al docente como mediador y acompañante, más cercano a la figura del clínico que diagnostica y guía que al evaluador que sanciona, situando como verdadero protagonista al estudiante y su propio aprendizaje.

No obstante, existen ciertas dificultades en el uso del error como estrategia pedagógica, pues como se advierte a través de los diferentes autores, no habría que caer en la idealización de una estrategia educativa que necesita tanto de otras, como de diferentes medios para funcionar. Dicho con otras palabras, a pesar de la evidencia de su potencial, el error por sí mismo no tiene valor educativo. Por ello la necesidad de definir su utilización concreta, destacando la necesidad de futuras investigaciones y propuestas.

Las enseñanzas artísticas se alzan en medio clave a este respecto. Dado que el arte, por su naturaleza abierta e incierta, es capaz de convertir al fallo en una fuente de sentido y creación en sus procesos. El error ha dejado de ser un accidente técnico para convertirse en materia estética y ética en el ámbito artístico. Errar en el arte significa explorar el límite entre lo posible y lo inacabado, habitando la aceptación, la conexión, la sensibilidad, la diferencia y la creatividad.

En definitiva, el error como una oportunidad de aprendizaje desde las artes significa dotar a la enseñanza de su condición más experimental y humana, reconocer la incertidumbre como espacio de pensamiento y creación entendiendo que, como en la vida, no hay aprendizaje más profundo que aquel que nace del propio error.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acaso, M. (2009). *La educación artística no son manualidades: Nuevas prácticas en la enseñanza de las artes y la cultura visual*. Catarata.
- Ajo, P. (2013). *Trabajo de investigación sobre las estéticas del error digital*. ESD Madrid. <https://es.scribd.com/doc/196913083/La-estetica-del-error-en-la-edad-digital>
- Álvarez Herrero, J. F. (2019). El error como estrategia pedagógica para generar un aprendizaje eficaz. En *CIVINEDU 2019 Conference Proceedings: 3rd International Virtual Conference on Educational Research and Innovation* (pp. 166-169). REDINE.
- Brea, J. L. (2010). *Las tres eras de la imagen: Imagen-materia, film, e-image*. Ediciones Akal.

- De la Torre, S. (2004). *Aprender de los errores: El tratamiento didáctico de los errores como estrategias innovadoras*. Editorial Magisterio del Río de la Plata.
- De la Torre, S. (2004). *Estrategias didácticas innovadoras: Recursos para la formación y el cambio*. Octaedro.
- Dewey, J. (2010). *Experiencia y educación*. Biblioteca Nueva.
- Fontcuberta, J. (2016). *La furia de las imágenes: Notas sobre la postfotografía*. Galaxia Gutenberg.
- Freire, P. (2004). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.
- Gordillo, M. (2015). *El arte transgresor de finales del S. XX. De la provocación artística como última utopía* (Tesis doctoral). Publicaciones y Divulgación Científica, Universidad de Málaga.
- Guerrero Benavides, J. I., Castillo Molina, E. J. S., Chamorro Quiroz, H. G., & Isaza de Gil, G. (2013). El error como oportunidad de aprendizaje desde la diversidad en las prácticas evaluativas. *Plumilla Educativa*, 12(2), 361–381.
- Laiglesia González de Peredo, J. F., & Bandera, N. (Eds.). (2020). *Lapsus Calami: Error Es Bien #0* [Anuario Colección Error Es Bien]. Universida de Vigo, Servizo de Publicacións.
- Luri, C. (2018). *El valor del error: Ensayo de una pedagogía de la imperfección*. Ariel.
- Macho-González, A., Bastida, S., Sarriá, B., & Sánchez-Muniz, F. J. (2021). Aprendizaje basado en errores: Una propuesta como nueva estrategia didáctica. *Journal of Negative and No Positive Results*, 6(8), 1049–1060.
- Martín San Román, J. R., Suárez Carballo, F., & Galindo Rubio, F. (2024). Intersecciones entre posmodernismo, new ugly y gráfica popular en el diseño gráfico contemporáneo. *Universum: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 39(1), 355–375. <https://doi.org/10.4067/S0718-23762024000100355>
- Merchante, P. (2025). *Pablo Merchante* [Sitio web del artista]. <https://pablomERCHANTe.eu/>
- Peirce, C. S. (2012). *La fijación de la creencia y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica.
- Perera, J. (2015). La herida y el píxel. La desmaterialización del cuerpo pictórico en la era digital. En *II Congreso Internacional de Investigación en Artes Visuales (ANIAV)*. Asociación Nacional de Investigación en Artes Visuales. <https://doi.org/10.4995/ANIAV.2015.1168>
- Popper, K. (2002). *Conjeturas y refutaciones: El desarrollo del conocimiento científico*. Ediciones Paidós.